

JUAN 15,1-17

TEXTO

«¹⁵**Yo soy la vid verdadera** y **mi Padre** es el viñador. ²Todo sarmiento **mío** que no da fruto, lo corta, y todo sarmiento que da fruto lo poda para que dé más fruto. ³**Vosotros** ya estáis purificados por la palabra que os he hablado. ⁴**Permaneced** en **mí**, y **yo** en **vosotros**. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si **no permanece** en **la vid**, tampoco **vosotros**, si **no permanecéis** en **mí**. ⁵**Yo soy la vid, vosotros los sarmientos**.

El que **permanece** en **mí** y **yo** en él, da mucho fruto, porque sin **mí** no podéis hacer nada.

⁶Si alguno **no permanece** en **mí**, es arrojado fuera, como *el sarmiento*, y se seca; y se recogen [los sarmientos], se arrojan al fuego y arden. ⁷Si **permanecéis** en **mí** y **mis** palabras **permanecen** en **vosotros**, pedid lo que queráis y os sucederá.

⁸**Mi Padre** es glorificado en esto, para que deis mucho fruto y lleguéis a ser **mis discípulos**.

⁹Como el Padre me amó, así os amé yo; **permaneced** en **mi amor**. ¹⁰Si guardáis **mis mandamientos**, **permaneceréis** en **mi amor**, así como **yo** he guardado los **mandamientos** de **mi Padre** y **permanezco** en su amor.

¹¹Os he hablado estas cosas para que mi alegría esté en **vosotros** y vuestra alegría sea completa.

¹²Éste es **mi mandamiento**, que os améis unos a otros como **yo os he amado**. ¹³Nadie tiene un amor más grande que el que da su vida por sus amigos. ¹⁴**Vosotros** sois **mis amigos**, si hacéis lo que **yo os mando**.

¹⁵Ya no os digo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace el amo; pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a **mi Padre** os lo he dado a conocer. ¹⁶No **me** elegisteis **vosotros** a **mí**, sino que **yo** os elegí a **vosotros** y os destiné para que **vosotros fuerais y dierais fruto**, y vuestro fruto permaneciera, para que todo lo que pidáis al Padre en **mi** nombre, os lo dé.

¹⁷Esto **os mando**, amaos unos a otros».

COMENTARIO

.- **Introducción a Jn 15,1-11**: Es el frecuente uso del verbo «permanecer» el que determina la unidad literaria de los vv. 1-11. En estos versículos encontramos tres sub-secciones: 1. Permanecer en Jesús (vv. 1-5a). El estrecho paralelismo entre el v. 1 («Yo soy la vid verdadera») y el v. 5a («Yo soy la vid») distingue esta sección que subraya la importancia de permanecer en Jesús. 2. Los resultados de permanecer y no permanecer en Jesús (vv. 5b-8). Un paralelismo similar al que formó los vv. 1-5a, se encuentra al comienzo (v.5b: «Quienes permanecen en mí») y casi al final (v. 7: «Si no permanecéis en mí») de una sección que trata de los resultados del permanecer y del no permanecer. 3. Permanecer en el amor de Jesús (vv. 9-11). Aunque no hay indicios formales de que esta sección constituya una unidad literaria, se sigue desarrollando el tema «permanecer»: permanecer en Jesús significa permanecer en su amor.

Cada una de estas tres secciones desarrolla la enseñanza de Jesús sobre el tema «permanecer», pero lo enfocan desde una perspectiva ligeramente diferente: la necesidad de permanecer (vv. 1-5a), los frutos de permanecer (vv. 5b-8) y la permanencia en el amor de

Jesús (vv. 9-11). La introducción al tema del amor en los vv. 9-11 hace posible el fácil paso desde la sección consagrada a la permanencia (vv. 1-11) al mandamiento en el que Jesús ordena a sus discípulos que se amen unos a otros como él los ha amado (vv. 12-17).

- **Permanecer en Jesús (vv. 1-5a):** Jesús afirma «Yo soy la vid verdadera» (v. 1a). Esta afirmación de Jesús, «Yo soy», seguida por un complemento, remite a lo que él hace mediante su revelación salvífica (cf. 4,26; 6,35.51; 8,12; 9,5; 10,7.9.11.14; 14,6). Él suministra la única fuente de vida y productividad. La utilización del adjetivo «verdadera», colocado enfáticamente al final de la afirmación, contiene un indicio de polémica. A Israel se la había descrito como una vid (cf. Jr 2,21; Ez 19,10-14; Sal 80,18-19; Is 27,2-6), pero si Jesús es la vid verdadera, ¿qué puede decirse entonces de la vid Israel? Jesús introduce al Padre, el viñador que cuida por el bienestar y la productividad de la vid. El Padre es el responsable último de cuanto Jesús hace y da a conocer. La metáfora de la vid y el viñador se comprende mucho mejor a la luz de la actividad cotidiana sobre las viñas y su cuidado. Estas prácticas tienen que ver con lo que Jesús dice sobre el Padre y él mismo, y, en definitiva, sobre el discipulado. El Padre cuida del sarmiento productivo de la vid, podándolo para que dé más fruto, y destruye el sarmiento que no da fruto al separarse de la vid (v. 2). Jesús es la vid vivificadora, pero es el Padre quien estimula el crecimiento y decide la destrucción de los sarmientos que no dan fruto.

A partir de esta descripción de la situación de Jesús, el Padre y los sarmientos, Jesús se dirige directamente a los discípulos: «Vosotros ya habéis sido purificados» (v. 3a). Los discípulos que están a la mesa, escuchando el discurso, son los sarmientos productivos, que están unidos a la vid y han sido podados al haber escuchado la palabra del Enviado del Padre. Puesto que han escuchado y han aceptado la palabra de Jesús, está desarrollándose el proceso de la poda. Se repite la indicación de 13,10, es decir, que todos los discípulos estaban «limpios», pero ahora se les dice que esta pureza procede de la palabra de Jesús. Él ha establecido el marco esencial de referencia para los vv. 1-11 en los vv. 1-3: Jesús es la vid, el Padre es el viñador, y los discípulos, purificados por la palabra de Jesús, pueden ser los sarmientos productivos de la vid.

Sin embargo, este nexo vivificante con la vid no debe darse por sentado. Las profecías de la traición de Judas y las negaciones de Pedro (cf. 13,2.11.18-20.21-30.36-38), han mostrado que ha comenzado la unión de vida, pero ésta no es perfecta. No basta con estar con él y haber recibido su palabra; tienen que permanecer en él, y él permanecerá en ellos (v. 4a). Debe darse una reciprocidad vivificante persistente generada por la unión de los discípulos con Jesús y la unión de él con ellos. La metáfora de la vid prosigue al clarificar Jesús la necesidad de la permanencia. Ningún sarmiento puede dar jamás fruto si se separa de la vid, y ningún discípulo dará jamás fruto por sí solo. Permanecer en Jesús es la condición *sine qua non* para dar fruto (v. 4c). Esta primera sub-sección concluye con las palabras con que Jesús la inició: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos» (v. 5a). Los discípulos son los sarmientos, pero sigue sin explicarse la descripción de Jesús como la vid verdadera (v. 1a).

- **Los resultados de permanecer y no permanecer en Jesús (vv. 5b-8):** En el v. 5b, Jesús repite el mensaje del v. 4. La metáfora de la vid se aplica explícitamente a Jesús y al discípulo. Sólo mediante una permanencia recíproca, la del discípulo en Jesús y la de éste en el discípulo, puede producirse el fruto. Pero a los discípulos se les dice ahora que si se separan de Jesús no pueden hacer nada. La unión con Jesús, con la consiguiente fecundidad, no sólo es asunto de alegrarse de la unidad que existe entre el discípulo y el maestro; también consiste en hacer algo, y sin Jesús esto es imposible. Dar fruto (v. 4b) significa hacer algo (v. 5c). Ese «algo» ya se ha sintetizado en el mandamiento del amor, que Jesús enseñó que debería ser el sello de sus discípulos (cf. 13,34-35). En el v. 5b se han afirmado dos posibilidades, que se especifican posteriormente en los vv. 6-7. El v. 6 describe el resultado del discípulo que no permanece en

Jesús. Este discípulo es «arrojado» y se seca. Los verbos expresan una verdad que es válida para todos los tiempos. Jesús no sólo advierte a quienes están con él a la mesa. Como el sarmiento que el Padre corta en el v. 2, todo discípulo que no permanezca en Jesús es «arrojado como un sarmiento y se seca» (v. 6a). La utilización de la voz pasiva prosigue en la descripción del sarmiento sin vida que se recoge y se quema (v. 6b). Este es el único fin posible para la madera muerta que ya no sigue estando unida a su fuente de vida. Los resultados positivos de permanecer en Jesús se describen en el v. 7. La permanencia de los discípulos en él, así como la permanencia de sus palabras en ellos (cf. v. 3), producirán una situación en la que se les hará todo cuanto pidan. La palabra de Jesús, la revelación de Dios, permanece y da vida al discípulo que permanece en Jesús.

Tras la introducción del Padre como viñador en el v. 1 y la descripción de su papel fundamental en el v. 2, los verbos en pasiva de los vv. 6-7 sugieren que es el Padre quien destruye (v. 6) y hace lo que el discípulo pide (v. 7). En el v. 8 se confirma esta idea. Permanecer en Jesús es hacer visible la gloria del Padre. Los discípulos que viven en reciprocidad con Jesús pueden ser identificados como aquellos que dan fruto abundante. Pero no es Jesús quien es glorificado por esta fecundidad, sino el Padre. La revelación de Dios, que es posible por la recíproca permanencia de los discípulos en Jesús y éste en los discípulos, producirá verdaderos discípulos involucrados en la misión de Jesús: «demostrando, así, que sois mis discípulos». Retornan las palabras anteriores sobre el criterio para el discipulado: el amor mutuo que conduce al reconocimiento público de que son discípulos de Jesús (13,34-35).

.- **Permanecer en el amor de Jesús (vv. 9-11):** La referencia explícita al Padre, glorificado en la unidad fecunda entre Jesús y los discípulos, en el v. 8 conduce a los vv. 9-11. El relato joánico de Jesús siempre ha considerado a Dios, el Padre de Jesús, como la fuente y la meta de cuanto Jesús es y hace (cf. 1,18). Jesús anuncia a los discípulos que la fuente de su amor por ellos es el amor que el Padre le tiene (v. 9a). Una unidad amorosa vincula a Aquel que envía y al Enviado (cf. 3,35; 5,20; 10,17; 14,31). Puesto que el Padre ama a Jesús, Jesús manda a sus discípulos que formen parte de esa unidad permaneciendo en su amor (v. 9b); pero esta permanencia debe mostrarse en un estilo de vida que esté determinado por los mandamientos de Jesús. Ser un discípulo que permanece en el amor de Jesús significa «hacer» algo, y este «hacer» está determinado por los mandamientos de Jesús (v. 10a). Jesús no es la fuente de este amor que permanece, puesto que surge de la relación amorosa que existe entre el Padre y el Hijo, del hecho de que Jesús ha guardado los mandamientos del Padre y ha permanecido en su amor (v. 10b). La vida de Jesús se fundamenta en haber observado los mandamientos de Dios, es decir, en haber hecho la voluntad del Padre, que es evidente en su persistente permanencia en el amor del Padre. Los discípulos tienen que repetir, en su relación con Jesús, lo que siempre éste ha mantenido con el Padre: una reciprocidad de amor mostrada por la observancia incondicional de sus mandamientos.

Esta sección del discurso concluye cuando Jesús dice «os he hablado estas cosas para que» (v. 11a). La razón de las palabras de Jesús sobre la permanencia, el amor y el cumplimiento de los mandamientos, es que la alegría que él posee por su relación de unidad y obediencia con el Padre, pudiera también alcanzar a los discípulos. Entonces, la alegría de los discípulos será completa (v. 11b). Se ha desarrollado un movimiento progresivo a través de la metáfora de la vid, que introdujo el tema de la permanencia (cf. vv. 4.5a.5b.6.7) hasta llegar a insistir en que la permanencia en Jesús significa permanecer en su amor (vv. 9-11). La permanencia de los discípulos en el amor de Jesús y el cumplimiento de sus mandamientos los une con la respuesta de Jesús al Padre, en cuyo amor él permanece y cuyos mandamientos guarda. Guardar los mandamientos de Jesús inserta a los discípulos en «la cadena de amor». Pero, ¿cuáles son estos mandamientos? y ¿cómo se pueden guardar? Jesús retorna a estas cuestiones en la sección siguiente (vv. 12-17).

.- **Introducción a los vv. 12-17:** Esta sección está determinada por la afirmación y reafirmación del mandato del amor en el v. 12 y el v. 17. Nos encontramos con tres sub-secciones en los vv. 12-17: 1. El mandato de amar como Jesús ha amado (vv. 12-14). Los discípulos tienen que responder al mandato de Jesús (vv. 12,14) amándose mutuamente hasta la muerte (v. 15), tal como Jesús les ha amado. 2. El amor de Jesús ha establecido una nueva relación (vv. 15-16). Jesús ha dado su vida por sus amigos, y, por tanto, ya no son siervos sino amados y elegidos de Jesús. 3. El mandato de amar (v. 17). Los discípulos han de amarse mutuamente como amigos, no como siervos.

Justamente en el centro (15,12-17) del relato joánico del encuentro final de Jesús con sus discípulos (13,1-17,26), él les habla de la nueva situación que surge del hecho de haber sido amados y elegidos (vv. 15-16). Ellos han de amarse mutuamente como resultado de la iniciativa de Jesús (vv. 12-14,17).

.- **El mandato de amar como Jesús ha amado (vv. 12-14):** El mandato de Jesús de que los discípulos se amen entre sí no es algo nuevo (cf. 13,34-35). Ellos han de amarse con un amor que es continuo y para toda la vida (v. 12a: presente), y la medida de su amor mutuo es el supremo acto de amor de Jesús por ellos (v. 12b). Entra en juego el símbolo de la auto-donación de Jesús en el lavatorio (13,4-17) y el don del bocado (13,21-38), que expresan el amor de Jesús por los suyos hasta el final (13,1). El amor de Jesús es el ejemplo (cf. 13,15) de todo amor cristiano. En los vv. 12-14, Jesús vuelve a evocar la cualidad de su amor. El más grande de todos los amores (v. 13) es mostrado por aquel que entrega su vida por los amigos. Jesús ama sin límites, entregando su vida por los discípulos, a pesar del hecho de que siguen encerrados en su ignorancia, uno de ellos es un traidor y otro le negará (13,1-38). Los fracasos pasados y presentes no serán contados en su contra. Al amar a sus recalcitrantes amigos, Jesús está respondiendo al mandato de su Padre (cf. v. 10). Ellos responderán a su amor haciendo lo que él les manda (v. 14), es decir, amándose unos a otros como él les ha amado (v. 12; 13,34).

.- **El amor de Jesús ha establecido una nueva relación (vv. 15-16):** Si los vv. 12-14 trataron de la cualidad del amor de Jesús, los vv. 15-16 insisten en la prioridad de su amor por los discípulos. Ellos, sin ningún acto de voluntad, o de esfuerzo físico por su parte, han sido conducidos a una nueva relación (v. 15). No son siervos que se encuentran en una relación de dependencia con un amo. Nunca en el evangelio se les ha llamado «siervos». Siempre han sido seguidores, personas que han avanzado a través de un proceso de aprendizaje como discípulos de Jesús. No son *douloi* (siervos) que dependan del antojo de un amo, sino *philoí* (amigos), compañeros íntimos e iguales de Jesús, que les ama sin límite alguno (cf. 13,1).

A estos discípulos se les dice: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que fui yo quien os eligió» (v. 16a). En el centro del relato del lavatorio y del don del bocado, Jesús dijo: «Sé a quién he elegido... El que reciba al que yo envíe, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envié» (13,19b,20). Jesús ha elegido a unos discípulos y les ha constituido como aquellos que serán enviados para dar fruto que perdure (v. 16b). La iniciativa es de Jesús, pero, al final, los discípulos deben dirigirse al Padre cuando se encuentren en necesidad, pidiéndole en el nombre de Jesús (v. 16c). Al describirse la misión de Jesús, que ahora se confía a los discípulos, retorna el vocabulario procedente de la metáfora de la vid. Los discípulos son los amigos de Jesús, aquellos por quienes entrega su vida en amor (v. 13), y son los sarmientos que permanecen en la vid (v. 5a), dando mucho fruto (v. 5b,8), un fruto que perdurará. Ellos, en el nombre de Jesús, que les ha elegido y les ha encargado que «fueran y dieran fruto» (v. 16b), se volverán al Padre (v. 16c; cf. v. 10). Al dar fruto, continuando así la misión del que les eligió, todo cuanto pidan les será concedido (v. 16c). La unidad que existe entre Jesús y el Padre será también disfrutada por los discípulos elegidos (v. 16a) y enviados (v. 16b) por Jesús (cf. 13,18-20).

- **El mandamiento del amor (v. 17):** La repetición del v. 12 en el v. 17 no constituye solamente una obvia conclusión literaria. Las palabras de Jesús sobre la elección de los discípulos y su constitución como portadores de una fecundidad duradera (v. 16) en su nueva situación como amigos (v. 15), concluyen con una reafirmación del mandamiento que es la condición esencial para su estatus. Deben aceptar el mandamiento de Jesús. Deben amarse unos a otros (v. 17).

- A lo largo de la última parte del ministerio de Jesús se ha realizado una estrecha conexión entre la muerte de Jesús y la revelación de la gloria de Dios (cf. 11,4; 12,23). Esta conexión se ha hecho mucho más explícita incluso en la última cena (cf. 13,18-20.31-32). En aquella cena, Jesús se centró en el don de sí mismo hasta la muerte por los discípulos (cf. 13,1.1-17.21-38). La muerte de Jesús será la manifestación del amor, la revelación de Dios y la glorificación del Hijo (cf. 11,4; 12,23; 13,18-20.31-32). A los discípulos se les ha dicho que al permanecer en Jesús y dar mucho fruto, se unirán con Jesús en la glorificación del Padre (cf. 15,8). Han sido elegidos por Jesús para dar mucho fruto (v. 16a). Pero los discípulos, los amigos de Jesús, a quienes ama de un modo insuperable (v. 13; cf. 13,1), deben proseguir con la misma cualidad de amor en el amor de los unos hacia los otros (vv. 12.17; cf. 13,34). La cualidad de su amor les caracterizará como discípulos de Jesús (13,35; cf. 15,8).